



embargo de los gritos que sonaban en todas partes: «¡Al fuego! ¡al fuego el temerario! ¡leña, carbón para quemarle!» Su palabra era mas enérgica que todo eso; á su terrible rugido se habian reunido sus secuaces para destruir la obra tradicional de la Iglesia. En su destierro pudo creer que arrancaria algunas piedras del edificio católico; pero al presente, que la soledad le dejaba tiempo libre, no hubo cosa á que no llegaran los golpes de su martillo. Por ejemplo, la confesion, que él decia amaba de todo su corazon, pero que no aceptaba mas que como un precepto humano, aconsejando á sus amigos de Wittemberg que «tradujesen el folleto latino en que su caro Ecolampadio habia atormentado cruelmente al Antecristo y sus satélites:» el celibato eclesiástico, que él decia era una inspiracion de Satanás, alabando á Carlostadio, Kemberg y Bernard, que le habian dejado públicamente: el culto de las imágenes, que él queria abolir como cosa idolátrica: la Misa, que habia cesado de ser á sus ojos una cosa santa: el purgatorio, que le consideró como una ilusion: el orden sacerdotal, que no era mas que una vana ceremonia: la extrema-uncion una práctica introducida de pocos siglos: los votos monásticos, en fin, que no eran para el heresiarca mas que una inspiracion del estómago. Este es el catecismo católico, que todo entero quiso reformar y rehacer; mas como no era iluminado diariamente por la palabra divina, como él mismo confesó, y, por otra parte, la terminologia de la Biblia le pareciese bastante oscura, encomendó este trabajo á su discípulo Melanchthon. No conseguia que la divina luz alumbrase cumplidamente su entendimiento, y en ocasion que le faltaba el Espiritu-Santo, invocado para la inteligencia del sentido real de las Escrituras, entonces acudia á la autoridad de la Iglesia: por este caso las palabras de Lutero merecen ser citadas. Se agita con la resolucion de este testo: *Qui crediderit et baptisatus fuerit, salvus erit*, con el cual se reforzaba Carlostadio para probar la necesi-

dad de un segundo bautismo. «Por lo demas (decia), ¿qué es lo que confiesa la Iglesia? Hé aquí una cuestion de hecho, y no de derecho: nosotros no debemos disputar si la Iglesia debe creer que la fe se infunde en el niño que recibe el bautismo, porque no hay niagun testo que la obligue á ello. ¿Qué hacer? ¿Acudir al derecho, á su misma creencia? ¿No tenemos su misma confesion? ¿No confiesa la Iglesia que el niño participa en el bautismo de los méritos de Jesucristo? Se objeta: Mas si Agustin y otros á quienes vosotros llamais la Iglesia han errado sobre este punto, ¿dónde vendrá la certidumbre, siendo así que no podemos probar que su dicho sea su fe? Siempre la misma respuesta: A falta del derecho, tenemos el hecho material de su misma confesion. ¿Quién nos asegura que Agustin ha dicho la verdad, si no hubiésemos aceptado su confesion como bastante? Así es que su confesion concuerda con la Escritura. Mas que él haya creído lo que él confiesa, es justamente porque no lo sabe probar. ¿No es un singular milagro de Dios que la necesidad del bautismo de los recién nacidos no la hayan jamás negado ni aun los mismos herejes (1), que jamás se haya alzado una voz contra esta práctica? ¿Que todas las sectas, por el contrario, la hayan admitido y respetado? Negar que el bautismo es conforme á lo que sostiene la Iglesia, sería una iniquidad; sería negar á la misma Iglesia. Si el bautismo de los recién nacidos no fuese un artículo de su creencia, sus doctrinas variarían completamente: la Iglesia no confiesa mas que lo que cree.»

¿Es esto un sueño? Hemos buscado la fecha de esta carta de Lutero á Melanchthon, para ver si estaba escrita en la época en que Lutero, según su misma expresión, marchaba envuelto en las mantillas del papismo; pero vimos que al formular tan soberbio argumento en favor de

(1) Esto lo dice Lutero. (N. del T.)

la autoridad, estaba libre, y había sacudido todos los vínculos y los recuerdos del pasado. Aquí no habla el monje; habla el doctor, el eclesiástico de Wittemberg, apoyándose en las altas razones con que Dios ilumina y se revela á sus elegidos. Así, pues, cuando Eck en Leipzig y Veh en Worms apelaron á la autoridad, ¿defendió también las creencias que la Iglesia había confesado constantemente? Entonces la razón del reformador se alzó indignada, y exigió testos que despejasen la inteligencia, como el sol disipa las tinieblas. Ahora los papeles se habían cambiado: Carlostadio hablaba al presente como Lutero en la Dieta, y Lutero como Veh. Contra el riesgo inminente del anabaptismo que nacía, empleó Lutero el mismo argumento que el doctor católico contra las novedades de la Reforma. ¡Así es que Lutero no usó de su entendimiento, no turbó el reposo de la Iglesia y la paz de la Alemania, no hizo todo ese gran ruido que conmovió el universo, sino solo por descansar en el sepulcro de la letra, en cuyo alrededor vió él tendidos á todos sus adversarios! Llamó á los Padres de la Iglesia en ayuda de su fe, y felizmente para nuestro consuelo no fue esta su única transformación que nosotros podemos sorprenderle durante su largo apostolado: su vida está llena de mudanzas. No hablamos de aquella vida monacal, que podemos representárnosla como llena de las fantásticas imágenes de la juventud, sino de su vida de atleta, cuando combatía y enseñaba bajo las inspiraciones de su Señor Dios. En su *Cautividad de la Iglesia en Babilonia*, escrita en 1520, no sostiene la integridad de los Sacramentos, que poco despues redujo á dos en su carta á Melancthon, y mas tarde á tres en la confesion de Augsburgo. En esta nueva confesion (*exemologese*), ¿no se le vió admitir que el cuerpo y sangre de Jesucristo son mas que las simples especies de pan y vino, con gran escándalo de Swenckfeld, que le reprendió amargamente esta evolucion de doctrinas? En el coloquio de Marburgo entre él y Bucero, ¿no

contradijo que el pan quedaba en el cuerpo? Si en Wittemberg adoró el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristia, no tardó en proscribir esta adoracion. Abrid el libro *Adversus Bohemus* y el de la *Cautividad de Babilonia*, y ved algunos de sus capítulos: la comunión es tratada de práctica indiferente: y mas tarde, ¿no la erigió en dogma? ¿Qué queréis mas? ¿Queréis también milagros en los reformadores? Ya los vereis.

Porque «Satanás se había introducido en el rebaño de Wittemberg;» Satanás, es decir, el demonio del orgullo y de la rebelion. Lejos de este incendio, que arrojaba violentas llamaradas de un fantástico resplandor, como las locuras de aquellos maniacos, algunos discípulos enardecidos quisieron sondear el misterio de la concepcion luterana. Así debía suceder: se trató á Lutero como él había tratado la autoridad: se le volvió duda por duda, negacion por negacion: en virtud del principio que le había separado de la Iglesia, se quisieron también separar de él, y así como él había contristado el corazón del Padre comun, él también apuró su copa de amargura.

Llegamos al principio del año 1522. Carlostadio, seguido de Didyme y de otros hombres del pueblo, fanatizados por las predicaciones, entra un dia durante los divinos oficios en la iglesia de Todos los Santos, y se atreve á derribar y hacer pedazos las imágenes y pinturas y demas objetos sagrados, gritando á los concurrentes: «¡Tú no harás jamás imágenes ni otra representacion material de las cosas que son en los cielos, ni de las que están sobre la faz de la tierra!»

Con este testo con que él quiso ofuscarlos, los magistrados de Wittemberg quedaron mudos: ni uno tuvo valor para castigar al iconoclasta y lanzarle ignominiosamente del templo. Entre tanto Carlostadio cometía la misma horrible profanacion en otras iglesias llenas de esculturas, hijas del arte germánico y envidia de las producciones artísticas

que ilumina el bello sol de la Italia; inspiraciones espontáneas, puras, ideales, que habian hecho de cada templo un museo, donde la imaginación se estasiaba y el entendimiento se instruía con las ideas de una belleza que podia elevar la escultura nacional sobre la hermosura y la perfección del antiguo. ¡Lección grande de los efectos que produce el doble principio en que se reasumen el catolicismo y la reforma luterana: el primero, sujetando su razón á la fe, respeta y honra las obras del hombre; la otra, queriendo emancipar la razón humana de la tutela de la revelación, halla un testó en la Escritura para santificar su feroz vandalismo! Ved á estos monges apóstatas, frios ante el espectáculo de estas nuevas saturnales; ved á los que se reían en otro tiempo de sus hermanos porque atacaban á Reuchlin. Bajo sus hábitos late un corazón insensible á estas profanaciones, solo ardiente y exaltado por las bellezas del matrimonio, predicadas por Lutero. Uno de estos, sin embargo, denunció estos atentados á Lutero; mas, ¿sabeis por qué se inquieta Staupitz? ¿Creeis que se alteró por la pérdida de tantos tesoros arqueológicos, perdidos para la ciencia? Nada de eso; lo único que hizo fue averiguar si el testó de la Biblia estaba bien aplicado por Carlostadio.

Mas, decía el areediano, ¿á qué bien se ha de conducir al hombre? Dios ha hablado por la boca de su Profeta: ved la Escritura: ¿no dice: «Tú no harás estatuas?» Y se dirá que es un crimen destrozar los ídolos? Y todos los que contribuían á la devastación de los templos repetían el mismo testó.

En Zurich se quiso formar causa á las imágenes, y condenarlas, y no faltó quien formuló un acta de acusación en forma, con el título de *Juicio de Dios contra las imágenes*, mediante el qual estos emblemas mudos de la Religión fueron condenados como reos de idolatría. Al poco tiempo un artesano, llamado Hottinger, se encargó de ejecutar la

sentencia de Dios, y, seguido de algunos vecinos, se atrevió á derribar el Cristo crucificado que habia en las puertas de la ciudad. Zurich enmudeció de asombro; el consejo se reunió, y Hottinger fue llevado á la cárcel. Despues Zwinglio se encoleriza y declama contra el culto á las imágenes, proscrito por la ley de Moisés y por el Evangelio, que no revocara el mandato del legislador de los hebreos. Y no solo se destruyeron las imágenes por donde pasó el torrente destructor de la Reforma, sino que tambien, ¡quién lo creyera! los manuscritos preciosos en que toda una escuela de hombres, entregados á la soledad del claustro, habian hecho reaparecer, con los mas vivos colores que el tiempo no habia podido destruir, las principales escenas de nuestra regeneración cristiana, fueron tambien pasto de las llamas; los cristales pintados, cuyo secreto con tanto esmero quiere hoy restablecer el arte protestante, cayeron tambien hechos pedazos al golpe del martillo reformista; las personas piadosas, que guardaban en sus casas la imagen de su santo patron, eran conducidas á las cárceles.

Cualquier persona dotada de gusto artístico, segun hablan los escritos contemporáneos, consideraba como un ultraje los furros de Carlostadio. Erasmo fue el primero que protestó contra tales actos de vandalismo, y tomó sobre si la defensa de las imágenes, con una elocuencia que fluía del corazón.

«El que quite la pintura de la vida, decía escribiendo á uno de sus amigos, despoja á la existencia de sus mas dulces impresiones: la pintura es mas elocuente que la palabra. Es una falsedad sostener que las imágenes sean inútiles. En otro tiempo, en los templos de los judíos, habia imágenes de querubines, figuras fantásticas de hombres y animales. Los simbolos que decoran nuestros templos cristianos no se destinan á la adoración de los fieles; son mas bien unos adornos elegantes y recuerdos piadosos. ¿Creeis vosotros que si las escenas de la vida de Jesucristo estu-

viesen pintadas sobre nuestros edificios sagrados, estas representaciones materiales no llevarían el alma á la contemplación de la vida del Salvador? No, lo repetimos; los católicos no ofrecen las imágenes del culto de los hombres, y los homenajes que les rinden naturalmente les conducen al recuerdo vivo del santo que ellas representan. ¡Desterrad, puesto que no queréis las imágenes; desterrad los mapas y estampas; desterrad los adornos, con cuya ayuda un artista sostiene lo mismo una cátedra ó púlpito, y la velleja, en fin, en que termina el campanario!»

Lutero, por su parte, también se irritó, no por amor al arte, sino por el de la libertad, de que era á las veces ardiente defensor.

«Yo condeno las imágenes, gritaba él desde su *Pathmos*; mas las ataco por la palabra, no por el fuego, para que en lo sucesivo no se tenga en ellas la fe que se ha tenido hasta hora; por sí mismas se derrocarán cuando el pueblo se haya ilustrado lo bastante para saber que nada significan á los ojos de Dios; así es cómo yo quiero borrar de las conciencias esas fantasías papistas de la confesion, comunión y el ayuno. Tengo piedad de ese pueblo que, olvidando á Dios, su fe, su caridad, se gloria de su cristianismo, porque en presencia de personas enfermas osa hacer uso de viandas delicadas: que comulgue con las dos especies, y que deje de ayunar.»

La voz de Lutero tronaba de vez en cuando para hacerse entender desde Wittemberg. Carlostadio, despues de haberse dedicado á la destruccion de las imágenes, se ocupó en predicar contra su culto. Entonces fue cuando, mostrándole Staupitz la carta del reformador, Carlostadio se sonrió, respondiendo: «Está escrito: «Es mejor obedecer á Dios que á los hombres.» Insistió Staupitz, y le habló del disgusto que habian causado al Padre común tales profanaciones de los lugares sagrados. El arcediano respondió: «No es nuevo que la palabra de Dios trastorne el mundo: cuando

Herodes supo el nacimiento de Jesucristo, tembló con toda su corte: la tierra se estremeció, y el sol quedó oscurecido á la muerte de Cristo. Una prueba de que es verdadera mi doctrina, es que la muchedumbre y los mejores sabios se ofenden de ella. Escuchad al salmista: «Dios ha elegido á los enfermos y á los insensatos: la inteligencia de su palabra corresponde á aquellos en que está la simplicidad del corazón.» Diciendo estas cosas, no hacia el iconómaco mas que traducir lo que Lutero habia escrito algunas noches antes á Enrique de Bunau, arcediano de Elsterwick.

—Sin duda, le oponia Staupitz, nuestro padre condena, como vos, el culto de las imágenes; mas no quiere la violencia. Desea que se les ataque con la caridad evangélica.

—Tú olvidas, replicaba Carlostadio, lo que ha escrito Lutero: «La palabra de Dios no es una palabra de paz; es un ardid.»

Staupitz le amenaza con los rigores del infierno.

Carlostadio se sonrió, y asiéndole bruscamente del brazo, contesta:

—Padre mio, esta es la amenaza que hizo á Fr. Martin el Cardenal Cayetano. ¿Y qué respondió el hermano? ¿No te acuerdas tú? «Yo iré donde Dios quiera.»

Cesó la conferencia, y Staupitz escribió su resultado á Lutero, que desde estas circunstancias conservó á su antiguo maestro de teología un odio, que el tiempo no pudo aminorar. El discipulo no tuvo la menor piedad del maestro con quien largo tiempo habia estudiado la ciencia teológica. Melanchthon le abrumó con sus sarcasmos hasta la tumba, haciéndole parecer como la estrella de a escuela de Wittemberg, como el águila de la teología escolástica, como un loco furioso, sin genio, sin doctrina, sin buen sentido, ignorante en las letras, y en quien no habia una chispa del Espiritu divino. Carlostadio hubiera podido poner en evidencia la inconstante conducta de Lutero, cuya palabra era, como el viento, que á todas partes y en todos